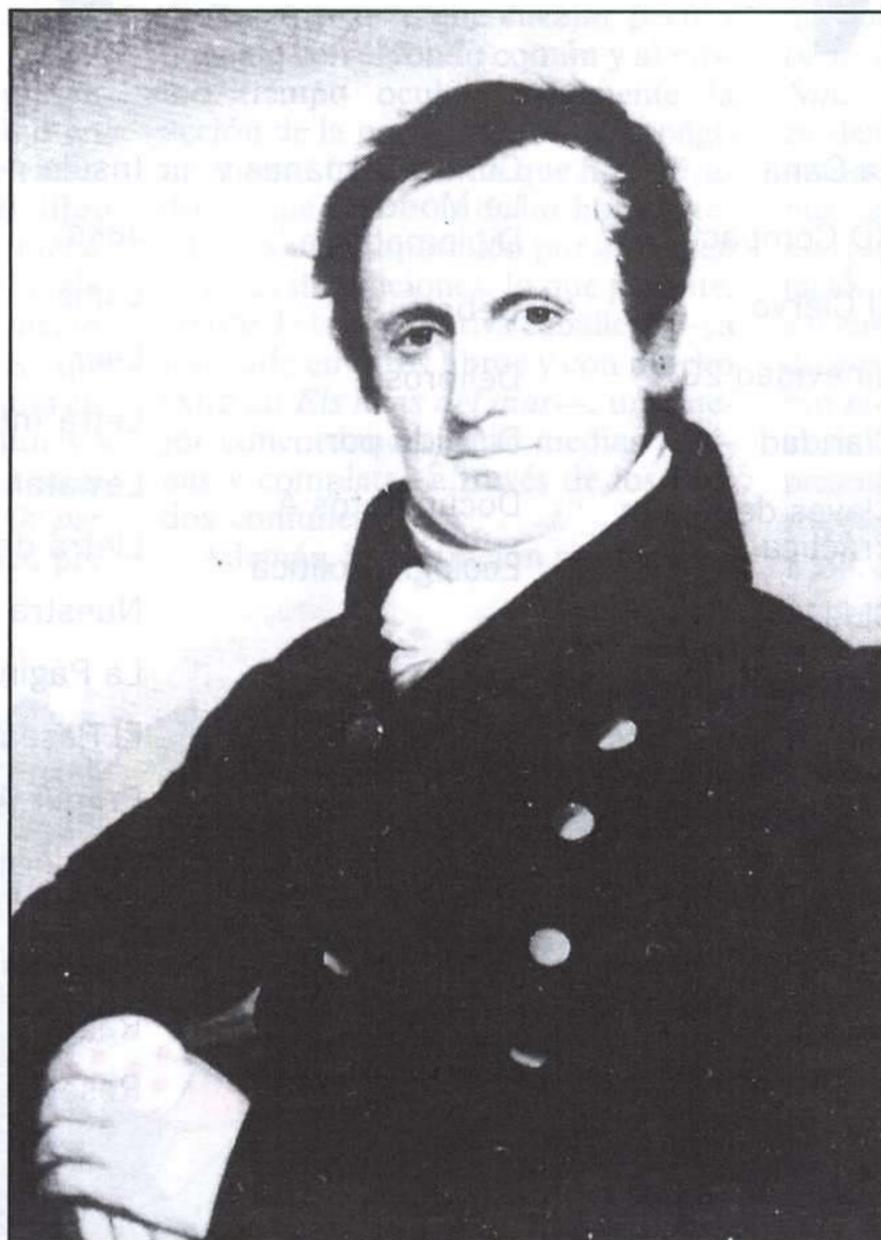


Calzas de Cuero, el amigo de los indios

Fenimore Cooper y sus novelas de la frontera

por Seve Calleja*

Las novelas y el cine de indios, en su empeño por conservar como sea aquel mágico mundo que se desvanecía, fueron casi contemporáneas a la desaparición de la frontera, cuyos protagonistas —tramperos y cazadores, buhoneros y soldados, indios— han sido y son



Fenimore Cooper.

héroes de un denso y popular conjunto de relatos. Eran como un gesto nostálgico de los colonizadores por reivindicar, tarde, su imagen mítica. Y aún hoy abundan como nunca los tratados y manifiestos en su defensa, sobre sus tradiciones, cuando paradójicamente los indios ya casi han desaparecido.

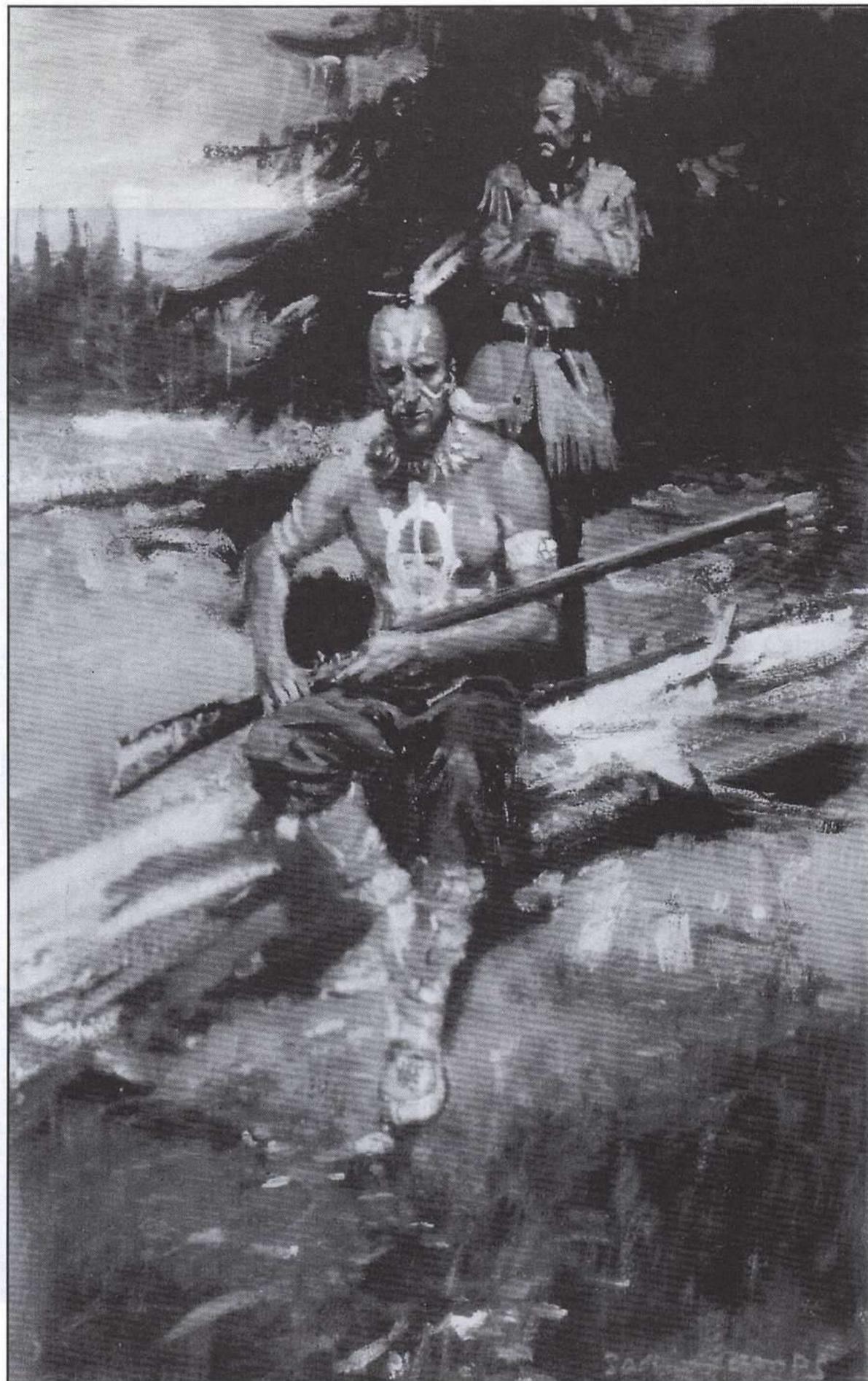
Para comprender mejor por qué esto es así, y para vivir más de cerca las andanzas de Calzas de Cuero —o del posterior Old Shatterhand de Karl May—, mitificación y paradigma de aquellos pioneros europeos contemporáneos que fueron adentrándose en territorio indio, y combatiendo con ellos o contra ellos, sería oportuno repasar un poco la historia del *Oeste*.

Un poco de historia

Tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, venía su conquista por los europeos. Desde entonces, franceses e ingleses intentaron crear asentamientos permanentes en las costas americanas del Atlántico. La llegada de los primeros colonos británicos en 1620 significó para la región que actualmente ocupan los EE.UU. una colonización que no culminaría hasta mediado el siglo XIX. Por su parte, los franceses, que habían llegado a América en 1544, y desde Canadá irían alcanzando la región de los grandes lagos, se expandían a través de las riberas del Misisipi hasta su desembocadura.

Tanto a los colonos como a los indios les resultaba difícil comprender sus respectivos modos de vida. Aquellos indios que conocieron los colonizadores del siglo XVII eran los descendientes de una raza milenaria repartida en cerca de 1.000 tribus y en cuyo territorio se hablaban más de 500 lenguas, con sus ricas tradiciones, sus modos de vida natural y sus creencias —entre las que tenía suma importancia el concepto del hombre como un ser libre—, y los blancos, que nunca consiguieron comprender su sentido de la no propiedad de la tierra, supieron arrebatarla por la fuerza o cambiársela por chucherías.

A principios de aquel siglo, las colonias europeas, cuyos habitantes se asentaban en valles juntos a los ríos, formaban una línea continua a lo lar-



BADIA-CAMPS, EL ÚLTIMO MOHICANO, BARCELONA: MOLINO, 1975.

go de toda la costa Atlántica. Para ellos, la colonia era su patria y, en su expansión, eran muy frecuentes las guerras contra los indios o entre sí, aliados a franceses e ingleses unas u otras tribus. Tal es el caso de la llamada guerra franco-indiana, que empeoraría las relaciones entre ingleses de la metrópoli e ingleses americanos,

como un brote de lo que habría de ser la independencia de las colonias. Pues al fin y al cabo, siglo y medio habían ido transformando el estilo de vida heredado de Europa.

Entre tanto, iban quedando más y más dispersas o reducidas las tribus de los pequots, los montauks, los hurones, los mohawks, los senecas, los



N.C. WYETH, THE DEERSLAYER, NUEVA YORK: CHARLES SCRIBNER'S SONS, 1961.

mohicanos, los mingos... La emigración europea, mercantil y destructiva, los iba despojando de sus tierras, de sus bosques, de su caza, desplazándolos de su territorio. Así, en 1830, el presidente Jackson firmaba una ley por la que todas las tribus del Misisipi habían de trasladarse hacia el Oeste. Poco más tarde, en 1877, fueron internados en *reservas*, donde, bajo la tutela de la Oficina de Asuntos Indios, se dedicaban a la pesca, a la caza, a la artesanía, todos aquellos

que no han querido o no han logrado asimilarse a la cultura occidental dominante.

¿Por qué tan popular género?

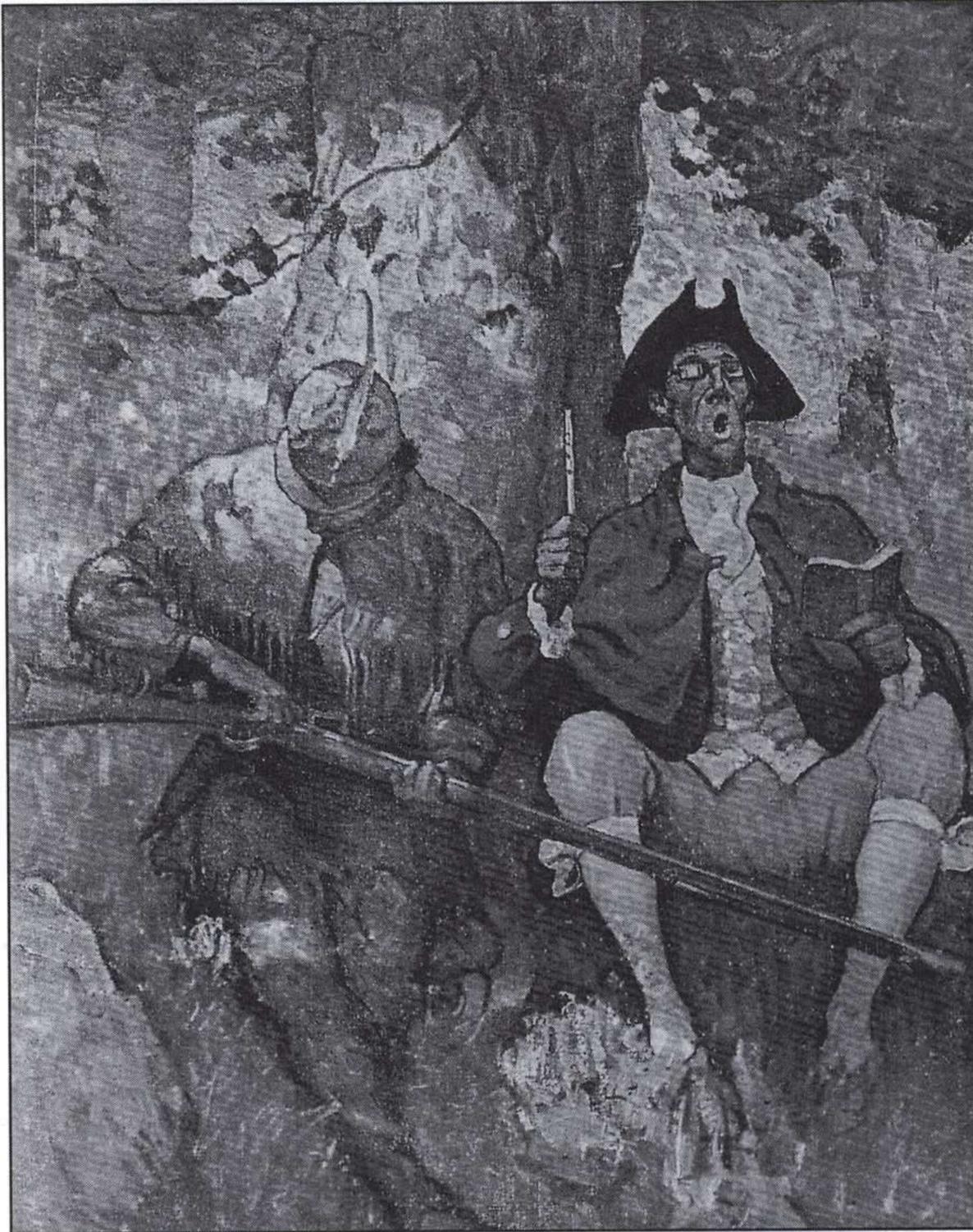
Como había ocurrido antes con el *Robinson Crusoe* de Defoe y sus tantas recreaciones literarias, los escritores de las primeras novelas de indios no podían imaginar que, con sus obras, estaban creando uno de los más

populares géneros narrativos en el que, además, el lector juvenil —el mismo que ha consumido en los cines parroquiales tantas películas del Oeste— encontraba una de sus fuentes de lectura más atractivas.

James Fenimore Cooper —y más tarde el alemán Karl May— iban a ser dos de los grandes maestros del género. El valor de los pueblos primitivos, su forma de vida natural amenazada por los avances del progreso, representado éste en la colonización hacia el Oeste, aquel mito del *buen salvaje* que para los europeos habían sido Robinson y Viernes, encontraba ahora en los indios de Norteamérica uno de sus máximos exponentes: su forma de vida natural, condenada al exterminio por la cultura occidental, era un buen motivo de exaltación de los ideales románticos. En este contexto, Fenimore Cooper, que coincidía en el tiempo con la llamada *Edad de Oro* de la literatura norteamericana de la segunda mitad del XIX, había de ser quien mejor iba a popularizar la *cuestión india* con sus populares novelas en torno a un héroe al que apodó *Deerslayer* (Ojo de Halcón, Calzas de Cuero u otros tantos nombres con que nos los presenta en sus novelas). Formaban éstas la serie de sus cinco novelas más universales, sus *Leatherstocking Tales* (los relatos de Calzas de Cuero), y su autor es hoy considerado por muchos como el padre de la novela norteamericana.

Una vida la suya entre indios y tramperos

James Fenimore Cooper nació en 1789 en Nueva Jersey, en el seno de una acomodada familia de inmigrantes ingleses, y creció en el exótico territorio de *la frontera*, concretamente en el poblado de Coopertown, fundado por su padre a orillas del lago Otsego. Y, aunque por entonces los indios habían ya abandonado la región, aún conservaba ésta el estilo



N.C. WYETH, THE LAST OF MOHICANS, NUEVA YORK: CHARLES SCRIBNER'S, 1961.

de vida de los cazadores y tramperos, el bullicio de los pioneros y colonos en una tierra salvaje, en la que habría de moverse el protagonista de sus historias.

Ingresó en su juventud en la Universidad de Yale, de donde pronto fue expulsado y, entre 1806 y 1811, se enrolaría como marinero, experiencia que le facilitaría la ambientación de novelas como *El Piloto* (1823), *El Corsario Rojo* (1828) o *Los dos almirantes* (1842). Más tarde se instalaría

en París y, entre 1826 y 1832, viajaría por toda Europa, lo que le permitiría contrastar dos mundos y escribir obras como las tituladas *Nociones sobre los americanos* (1834) y *El demócrata americano* (1838).

Pero sin duda iban a ser las cinco novelas en torno a Calzas de Cuero las que lo encumbrarían como uno de los más universales y populares novelistas norteamericanos. Seguramente porque supo adoptar el espíritu de los románticos europeos a un tema nue-

vo: el de su tierra y su historia más reciente, es decir, la frontera, descrita con grandiosidad, narrada con tono épico, vivida, en una palabra, *en directo* desde sus evocaciones juveniles y, en buena medida, idealizada por su propio apasionamiento, todo lo cual lo convertía —y sobre todo para los europeos— en cronista de la vida fascinante del Nuevo Mundo.

Sus cinco novelas de la frontera

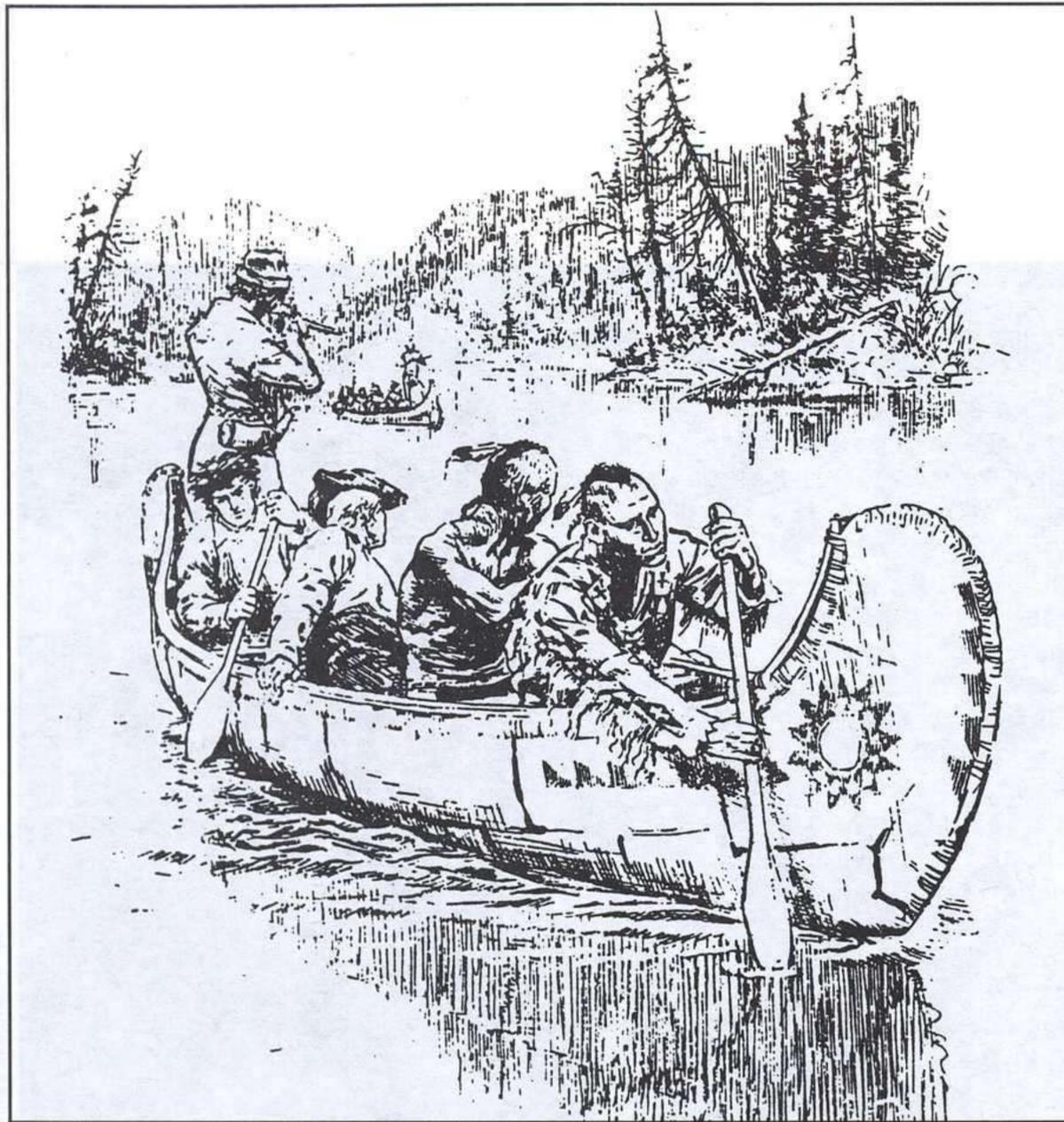
Cinco son las novelas que forman la serie en torno al héroe Calzas de Cuero, y en las que se relatan otras tantas etapas de la vida del protagonista, Natanael Bumpoo —o Natty Bumpoo—, quien aparece con diferentes y sucesivos apodosos en ellas: Calzas de Cuero (*Leatherstoking*), Ojo de Halcón (*Hawkeye*), Matador de Ciervos (*Killdeer*), Carabina Larga..., tal y como él mismo relatará a su amigo Enrique *el Presuroso* en *El cazador de ciervos*. Y encarna al arquetipo de cazador y trampero blanco, amigo tanto de los indios como de los blancos. Es el hombre natural que se mueve en un escenario de bosques y de lagos, unos parajes entre la vida salvaje y la expansión colonizadora, y cuyo marco histórico viene a coincidir con las crueles luchas de franceses e ingleses con los indios de uno u otro lado. Será el propio Cooper quien nos lo exprese, con su particular estilo fotográfico, en las primeras páginas de *El Cazador*:

«Los episodios de la presente historia ocurrieron entre los años 1740 y 1745, cuando la parte poblada de la colonia de Nueva York estaba reducida a los cuatro condados de la costa del Atlántico, una estrecha faja de terreno a cada lado del Hudson, desde su desembocadura hasta las cataratas próximas a su origen, y unos cuantos caseríos avanzados sobre el Mohawk y el Schohaire. Anchas zonas de bosques vírgenes no sólo llegaban hasta las orillas del primero de estos ríos, sino que

lo cruzaban, extendiéndose hacia el interior de Nueva Inglaterra, y ofreciendo el abrigo de su espesura al guerrero indígena... [A su lado aparece el indio Chingachguk (Larga Serpiente), ese] mohicano de nacimiento, que vive con los delawareos por costumbre, como muchos otros de su tribu, que hace largo tiempo se va extinguiendo ante el dominio de nuestra raza.»

Tal y como el propio Calzas de Cuero se lo dibuja a Judit Hutter, es decir, como encarnación del carácter de su raza y a quien, una vez cristianizado, se le llamará Indio John. Bajo sus variados motes es, pues, Natanael Bumpoo el hombre ensimismado con la naturaleza, el hombre blanco con corazón de indio, solitario y autosuficiente como una reencarnación de Robinson, al que, desde una visión idealista y romántica, se le transforma en héroe épico, modelo de valores como la justicia y la sencillez. Su puntería, su dominio del bosque o su agudeza visual son esos rasgos épicos que dan pie a sus diferentes apodos. Incluso su carabina, obsequio de las hermanas Hutter, y que representa su atributo de cazador, tiene también nombre, *Cazadora*, del mismo modo que lo tenían las armas de los antiguos héroes épicos.

Fenimore Cooper nos lo presenta en esta serie de novelas en cinco diferentes etapas de su vida, pero cuya cronología no coincide con la de la aparición de las obras. Y así, en *Los pioneros*, escrita y publicada en 1823, el protagonista tiene unos 60 años y aparece como habitante de la aldea de Templeton junto a su inseparable Chingachguk, ya cristianizado. En *El último mohicano*, publicada en 1826, Natty tiene 40 años; mientras que es un anciano de 80 huido de la civilización cuando lo encuentra la familia de colonos de los Busch en *La pradera* (1827), cuenta unos 35 cuando se enamora de Mabel en *El buscador de sendas* (1840) —traducida también como *El trampero*— y tan sólo 23 años en ésta de *El cazador de ciervos*, escrita



H.M. BROCK. EL ÚLTIMO MOHICANO, BARCELONA: BRUGUERA, 1983.

finalmente en 1841, y en la que, con ser la última aparecida cronológicamente, nos relata los orígenes y las primeras andanzas del héroe. En fin que, sin coincidir el orden cronológico de las aventuras de Calzas de Cueros con el de su aparición en los sucesivos libros, Cooper ha querido situar su historia entre 1740 y 1806, es decir, en torno a la Guerra de la Independencia norteamericana, en la frontera entre el imparable avance de la colonización y la consiguiente huida de los indios hacia el Oeste.

Ese desajuste cronológico de aparición de las novelas con respecto a la vida de su héroe las ha hecho funcionar como novelas independientes, nublando su estructura de conjunto, aun sin mermar su gran popularidad, especialmente en Europa. Sirva como dato anecdótico de su éxito editorial el hecho de que sólo durante el siglo XIX las novelas que de Cooper se publicaron en España conocieron 38 edi-

ciones, especialmente la más popular de todas, *El último mohicano*, que aparecía en dos ediciones en 1832 y no tardaría en pasar a considerarse una de las más universales novelas juveniles de aventuras, llevada además al cine en múltiples ocasiones.

Las claves de su éxito

¿Cuáles son las claves del éxito de este autor apodado el Walter Scott americano? Probablemente, su idealización de una historia real y próxima protagonizada por unos personajes que el autor convertía en héroes épicos de un mundo que, en su época, ya se estaba extinguiendo. Un poco a la manera de los que en la Edad Media europea habían idealizado la figura del caballero andante, con el que los lectores se aferraban a la «época dorada de las Cruzadas» que ya no existía. Como ya no existía en

los tiempos de Fenimore Cooper ese pueblo valeroso de los indios, ni el paisaje virginal que había poblado. Sin duda, esa idílica estampa del Cazador de Ciervos y su amigo indio, surcando en su canoa ríos y lagos, que Cooper nos describe con tanta complacencia —y el que luego en el cine se ha recreado tantas veces—, explica por sí misma muchas cosas. ¿Qué más nos da que no existieran en realidad ni el blanco cazador amigo de los indios o que los delaware eran más sanguinarios de lo que el novelista —un hombre que se proclamaba, fuera y dentro de estas novelas, acérrimo defensor de la igualdad entre los hombres— nos los dibuja? A lo mejor Calzas de Cuero y Chingachguk nacieron para aliviar en el autor y en sus lectores la cruel imagen de la colonización, el genocidio de un pueblo noble, en un afán por contarnos lo que hubiera sido deseable antes de lo que en verdad había ocurrido. El caso es que Cooper creó un mito literario, al que atribuye la serenidad y sensatez del indio, la inquebrantable fidelidad a la vida del creyente y, cómo no, la intransigencia y fiereza del hombre blanco, su *nacionalismo* de buen colono, con la que el propio Cooper se delata a sí mismo:

«“Si los jóvenes de estos países dejamos que los vagabundos los invadan, más vale que nos hagamos franceses de una vez y entreguemos nuestro país y nuestra raza”, llegará a decir refiriéndose a la tribu de iroqueses adversaria.»

Y como tal, no tardaría en tener múltiples imitaciones, entre las que cabe destacar sobre todas la larga serie de novelas del alemán Karl May en torno a *Winnetou* (1892) con sus héroes Old Shatterhand, el héroe poderoso, y su amigo el jefe apache Winnetou, que es la más popular de todas.

Luego se multiplicarían a través de las pantallas cinematográficas, en cuanto naciera el cine, y, con él, el *western*. Porque no hay que olvidar

que el cine comenzaba con las películas del Oeste, que son, dicho con palabras prestadas, los cantares de gesta, la *Ilíada*, los *Episodios Nacionales* de un país que no ha tenido ni cantares de gesta, ni *Ilíada*, ni *Episodios Nacionales*, es decir, los relatos imaginarios que han unido a un pueblo que en sus historias del Oeste ha ido aprendiendo o soñando lo que le hubiera gustado ser:

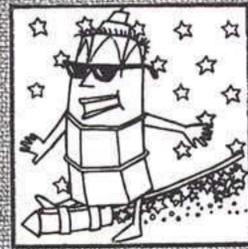
«Los EE.UU. son el cine, y por esto, cuando inventan una épica, es todo el mundo el que se la apropia, y con ella los valores que toda épica lleva consigo: exaltación del individuo, del valor y de la dignidad personal, el sentido de la libertad y de la justicia, la amistad y el amor: el sano primitivismo, rudo y hasta brutal, pero sin el cual no se construyen las sociedades.»

Son palabras de J.M^a García Escudero aplicadas al *western*¹ y que sirven de igual modo a novelas como éstas, en las que tantas veces se basaban sus guiones. ¿Qué han sido los héroes de tantas generaciones juveniles como Daniel Boone, Jeremiah Johnson, Buffalo Bill..., sino mitos cinematográficos inspirados en aquellos primitivos cazadores y tramperos de *La frontera*, como Calzas de Cuero, con su misma vestimenta, sus mismos sentimientos de amor por la naturaleza, su mismo espíritu solitario y solidario? No, no es nada fácil resistirse a la tentación de emparentar, todavía hoy, las novelas de Fenimore Cooper con las populares películas del Oeste. Cuando antes, unos años atrás, nos había resultado tan sencillo confundirlos, salir del cine y abrir libros como éstos, y soñarse trampero, o cazador, o indio a lomos de una vara por caballo y otra más corta como arco, carabina o tomahawk. ■

* Seve Calleja es escritor.

Notas

1. García Escudero, J.M^a: *Vamos a hablar de cine*, Madrid: Salvat/Alianza, 1970.



EL MICALET GALACTIC
LIBRES DIVERVITS



Edicions Bromera

DISTRIBUCIÓ:

València: (96) 156 08 41

Barcelona: (93) 318 87 99

Alacant: (96) 511 01 92

Mallorca: (971) 72 44 72